

## Del <<yo>> a Dios: itinerario metafísico del hombre común.

### La aceptación de sí mismo según Romano Guardini

Juan Martín Pardo Van Thienen

Nuestro autor comienza su reflexión haciendo uso de un lenguaje que denota mucha sencillez pero a la vez una gran prolijidad científica, a partir de la consideración de lo que es (al menos para él) una verdad evidente. Pero no toma una verdad cualquiera sino que, fiel al carácter existencial que pretende que tenga su escrito, parte de lo que para él es "la verdad que nos afecta de modo más inmediato"<sup>1</sup>, es decir, de una verdad que se relaciona con nosotros de una manera totalmente cotidiana y directa, no de una verdad que sólo se presenta a los hombres de letras. Esa verdad tan inmediata y universalmente existencial es "que yo soy éste que soy, precisamente el que soy; y cada cual de nosotros es él mismo"<sup>2</sup>. Luego, inmediatamente, traduce su punto de partida en palabras más sintéticas que permiten ver con más claridad aquello a lo que apunta: "Soy para mí lo absolutamente dado"<sup>3</sup>.

Un lector perspicaz quizá note que el punto de partida, al igual que en las vías de Santo Tomás, no es para nada inocente. A decir verdad, tan importante es el punto de partida que el resto del ensayo, de alguna manera, no es más que su explicitación y profundización.

Prosigue nuestro autor haciéndonos notar cómo nuestro <<yo>> es aquello presupuesto en todas nuestras experiencias. Es aquello a partir de lo cual el mundo nos es dado a conocer; "es lo presupuesto en todo. Lo que está contenido en todo." <sup>4</sup> Somos nuestro punto de referencia y no podemos imaginar el mundo como existiendo sin nosotros, ya que éste nos es dado a nuestra subjetividad y sólo a partir de ella podemos considerarlo. Eso sería, dice Guardini, una idea límite que no podemos de verdad pensar. Por eso, nuestro <<yo>>, "tiene el carácter de la inevitabilidad"<sup>5</sup>.

Luego hace notar que, paradójicamente, aquello que es lo más cercano e inmediato, aquello a partir de lo cual se nos da a conocer el mundo, si bien en una primera instancia puede resultar obvio y evidente, si es considerado con más detenimiento, resulta enigmático y misterioso.

Si nos ponemos frente a un espejo, dice Guardini, y tomando plena conciencia de nosotros mismos a partir de nuestra imagen reflejada nos preguntáramos: ¿quién es ese?, y no consideráramos la pregunta a la ligera, caeríamos en la cuenta de que carecemos de una respuesta satisfactoria. La proposición <<Yo soy Yo-mismo>>, si bien parece ser tautológica, tomada en serio, deja de aparecer como una mera redundancia y exige una dilucidación acerca de su significado.

<sup>1</sup>Romano Guardini, *La aceptación de sí mismo*, Editorial Lumen, Buenos Aires, 1994, página 13.

<sup>2</sup>Idem.

<sup>3</sup>Idem.

<sup>4</sup>Ibidem, pág. 15.

<sup>5</sup>Ibidem, pág. 14-15.

A partir de esta experiencia, el autor dice que, más bien, cabría decir que no somos nosotros mismos sino que esperamos llegar a ser, que no nos tenemos sino que estamos de camino a tenernos, que no nos conocemos sino que tratamos de conocernos. Y la razón fundamental de que no seamos evidentes para nosotros mismos es que somos finitos<sup>6</sup>.

Llegado este punto, Guardini, no pasa por alto el hecho de que no todos suscriben a la idea de que la vida humana se da como existencia finita. Trae el ejemplo del idealismo, que le es particularmente cercano: "pensemos en la doctrina de la identidad del idealismo alemán, que ha firmado que el Yo finito no es más que la forma que cubre el Yo infinito, esto es, el Yo de Dios."<sup>7</sup> Cualquier persona más o menos entendida en filosofía esperaría en este punto un largo paréntesis o quizá una larga argumentación, pero con mucha sencillez y sin empacho escribe: "Esto suena a muy profundo, pero no lo es."<sup>8</sup> Y si uno viene siguiendo el desarrollo del ensayo con atención no es de sorprender que el autor zanje la cuestión de modo tan sencillo, dado que sostiene que la captación de la propia finitud es algo natural y fácil de alcanzar, tan fácil como tomar la decisión de ponerse a sí mismo como objeto de reflexión. Si el realismo metafísico es lo natural, si es, como diría Chesterton, la filosofía del hombre común, el idealismo tiene que ser algo artificioso y forzado. Por eso Guardini dice brevemente: "la idea es falsa; pues si honradamente me pongo ante mí mismo, sé que no soy absoluto; que todo panteísmo viene de una embriaguez, de una exageración."<sup>9</sup>

En el idealismo, dice, se sucumbe a la tentación de la mala infinitud, que supone la fusión de las distinciones, donde todo puede llegar a ser todo, porque nada es realmente lo que es.

Para Guardini, el idealismo no es profundo sino superficial. Profundo es el admirable y abrumador hecho de que somos personas y a la vez seres finitos. Lo maravilloso es descubrirse como individuos consistentes, verdaderamente inteligentes y libres, pero a la vez limitados. Esta es la verdadera y grandiosa paradoja metafísica accesible a cualquier hombre que mira su propia realidad desprejuiciadamente.

Prosigue diciendo que <<yo soy para mí lo absolutamente dado>>, significa que no somos por esencia. Somos algo recibido. En el principio de nuestra existencia, y entendiendo "principio" no sólo de modo temporal sino también metafísico, no hay una decisión nuestra de ser. Tampoco podría ser que seamos así porque sí, sin necesidad de una causa (no se condice con el descubrimiento de nuestra finitud) sino que estamos aquí por iniciativa de otro que es el que nos ha dado a nosotros el ser.

Pero no sólo nos descubrimos como dados sino como dados en cuanto *este* ser determinado. No somos hombres sino *este* hombre. Esto que Guardini subraya, nos recuerda

<sup>6</sup>Quizá cabría realizar una objeción a nuestro autor y preguntarnos si en realidad la causa de nuestra dificultad para penetrar en nosotros mismos no se sigue inmediatamente de nuestro existir como seres finitos sino más bien de nuestro existir finito pero como seres materiales. Si bien puede ser que esto sea así, comprendernos a fondo, si somos causados, implica conocer nuestra causa, la cual no nos es directamente asequible.

<sup>7</sup>Ibidem, pág. 18.

<sup>8</sup>Idem.

<sup>9</sup>Op.cit, pág. 18

que lo más perfecto en la naturaleza es la persona, y que ella es algo *individual*. Es bueno tener esto siempre presente para no caer en concepciones metafísicas en donde lo abstracto parece ser lo más elevado, y en donde se confunde el ente con lo genérico; esa es la filosofía de los idealistas.

Descubrirse como dado y en cuanto este ser determinado, como único e irrepetible, nos lleva también a entender cuál es nuestro deber existencial fundamental: "el de querer ser el que soy: querer ser yo realmente, y sólo yo."<sup>10</sup> Aceptar la finitud verdaderamente implica no sólo reconocerse como creado, reconocerse hombre, sino reconocerse concreta e individualmente como se es con todas las potencialidades y todas las limitaciones concretas que a uno le han tocado. No debemos solamente renunciar a querer ser otra cosa que no sea ser hombres, sino que también debemos renunciar a querer ser otro que no sea *este* hombre concreto que somos.

La no aceptación de lo dado, produce un quiebre interior que es la raíz de muchos desórdenes que van desde el suicidio (según Guardini la suprema forma de evasión), hasta formas de vida marcadas por el aburrimiento y el hastío. Estos sentimientos (vividos como un estado habitual y recurrente) no son más que la consecuencia de la captación de la finitud como algo negativo o como carente de fundamento. Sobresale un comentario que hace Guardini de la filosofía de Heidegger, cuando dice que en la filosofía de las últimas décadas se ve la angustia como "la autopercepción del ser finito en cuanto tal, que se siente acosado por la nada (...), más aún, idéntica con ella; ser significa estar en la angustia."<sup>11</sup> Y dice a continuación que la experiencia de la angustia, no es propia de la condición finita como tal sino de la condición finita sublevada. Una vida en la que se acepta la propia finitud, está llena de ánimo, de confianza y, podríamos agregar, de esperanza. La nada que algunos experimentan como rodeando y acosando al ser finito no es más que la consecuencia de la negación de Dios, "es el fantasma del Dios negado"<sup>12</sup>.

La aceptación de uno mismo implica humildad y mansedumbre. Estas cualidades son indispensables para aceptar, sobre todo, las cosas más duras: las cosas malas que hay en nosotros. Y por <<cosas malas>> ha de entenderse: las insuficiencias y defectos, los problemas de salud, los desequilibrios psíquicos, situaciones históricas y familiares adversas, y por último pero no menos importante, nuestras faltas morales. En otras palabras el mal físico y el mal moral.

Ante todo esto surge preguntarnos ¿por qué soy como soy? ¿Por qué soy en vez de no ser? Pero "no hay respuesta por parte de mi ser inmediato (...), tampoco por mi circunstancia: más aún ni siquiera por parte del mundo en general."<sup>13</sup> La respuesta no puede hallarse en las conexiones generales de las causas materiales, biológicas e históricas, pues la pregunta en

---

<sup>10</sup>Ibidem, pág. 20.

<sup>11</sup>Ibidem, pág. 28.

<sup>12</sup>Ibidem, pág. 29.

<sup>13</sup>Ibidem, pág. 24.

última instancia las abarca a todas ellas también. No hay respuesta, dice Guardini, "no puedo disolver mi existencia en ningún sistema de leyes naturales o históricas, pues no es una necesidad sino un hecho." No es posible que podamos demostrarnos o explicarnos, sólo resta aceptarnos.

La pregunta es acerca de la <<causa>> en el sentido más radical y propio del término. Es decir la pregunta abarca también a todas las causas segundas. Además, las causas segundas son ellas mismas realidades no necesarias, y por tanto, no pueden brindar una respuesta última que sólo puede encontrarse en la causa primera. Si las tuviéramos por respuestas últimas estaríamos entendiendo lo contingente como necesario y la necesidad física como necesidad metafísica. Por eso el autor, ante la tentación de recurrir a las causas segundas como respuesta, reformula la pregunta de manera tal que también las incluya: "¿Por qué debo ser yo como soy y aquello en lo cual actúan tales o cuales influjos?"<sup>14</sup>

Llegado este punto podemos tener una conciencia más plena de lo que implica existir como seres finitos. Comprendemos que si hemos de preguntarnos acerca del <<por qué>> de nosotros mismos en un sentido radical, no tiene sentido recurrir a otras cosas finitas. Aquí es cuando entra en escena Aquél que no tiene el ser recibido, Aquél que no es algo <<dado>> sino que <<es por esencia>>. Ante la pregunta del porqué de nuestra existencia concreta así como es sólo podemos decir: así hemos sido queridos por Dios.

¿No podemos acaso seguir preguntando y plantearnos por qué quiso Dios lo que quiso? La respuesta es negativa. No hay un por qué ante Dios. No hay leyes o causas por encima de Él que lo puedan determinar o condicionar a obrar de tal o cual manera. "Responder: me ha creado porque así el conjunto del mundo está bien; o porque tengo que realizar en el mundo tal o cual cosa; o porque tiene pleno sentido que haya existencia personal; todo eso no implica más sino menos que responder: porque Él lo ha querido."<sup>15</sup>

La consecuencia existencial de esto es que no podemos hallar sentido a nuestras vidas sino en relación a la voluntad divina. Pero como esta relación no es abstracta sino personal, sólo hallamos sentido pleno dentro de la fe.

Dice Guardini: "fe significa aquí que comprenda mi finitud desde la instancia suprema, desde la voluntad de Dios."<sup>16</sup> Y esta voluntad que no es accesible por la razón, lo es a través de la Revelación.

## Breves consideraciones finales

---

En su ensayo, Romano Guardini, adhiere a la tradición filosófica realista, y, puntualmente, a aquellos que sostienen que el realismo es la postura natural y evidente para

<sup>14</sup>Op.cit, página 25.

<sup>15</sup>Ibidem, página 26.

Nota: Además todo esto estaría más bien en la línea del <<para qué>>, es decir, de la finalidad.

<sup>16</sup>Ibidem, página 25.

toda persona que busca la verdad desprejuiciadamente. Conocer que Dios existe es fácil; basta volverse sobre sí y captar la propia finitud. Podríamos decir con Guardini: <<soy lo absolutamente dado, luego Dios existe>>.

Las filosofías de la inmanencia se presentan como consecuencia de una actitud (es decir de una posición moral) frente a la finitud y frente a Dios. Son posiciones a veces coherentes en sí mismas, complejas, ingeniosas, pero en última instancia artificiosas y por tanto poco profundas.

No hay una negación de la dificultad de explicar adecuadamente como se coordinan la existencia y libertad finitas del hombre con la existencia y libertad omnipotentes de Dios. Lo que se afirma es que es fácil captarse a sí mismo como un ser consistente y libre y a la vez como recibido (finito), es decir causado por un absoluto. El realismo "a grandes rasgos" es accesible a todo hombre.

Justamente porque las verdades fundamentales son asequibles a todos es que son verdaderamente vinculantes. La metafísica, reducida así a su mínima pero esencial expresión, es, como diría Chesterton, el sano sentido común del hombre ordinario.